



## **Misa Apertura Peregrinación Diocesana a Lourdes**

**6 de julio 18**

Queridos hermanos todos, en especial querido David, José Manuel, Presidente y Consiliario de nuestra Hospitalidad Diocesana de Lourdes, mis queridos hermanos sacerdotes y diácono, peregrinos y especialmente queridos hermanos enfermos de nuestra Hospitalidad Diocesana, Hospi Junior y a los más pequeños, y todos los que cuidáis de ellos, a todo el voluntariado y equipo médico, ... esta gran familia de la Hospitalidad que hoy inicia de nuevo esta presencia y peregrinación aquí en Lourdes, y que vamos camino de celebrar el próximo años los sesenta años de nuestra querida Hospitalidad, sed todos bienvenidos junto al Señor, Él nos ha dado el tesoro de su palabra, antes de sentarnos a su mesa.

La primera lectura y el Salmo expresan de una forma muy hermosa y clara lo que significa para la persona –enferma o sana- el ansia de respuesta a sus preguntas, el deseo de sentido a su vida y a sus circunstancias, el hambre y la búsqueda de luz y calor para la propia realidad. Todo ello expresa los sentimientos de muchos en el camino de su existencia; todo ello está en lo más hondo de una peregrinación que hoy se resume en esta Eucaristía –quizás aún cansados del viaje, pero con la gratitud de haber llegado al destino: a los pies de Nuestra Señora de Lourdes, de nuestra madre que señalando a Jesús, nos sigue diciendo: “Haced lo que Él os diga” –lema de la peregrinación de este año-. Señalando a Jesús que a nosotros nos sigue diciendo: “Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”. Que en estos días, mirando a la Virgen, muchos de nosotros sepamos descargar, descansar en el Señor y en la Virgen, cosas que nos preocupan, dolores que nos duelen y cosas que nos han encargado.

Por otra parte, en esta Misa de Apertura, de modo afortunado se nos ha ofrecido, ahora mismo, escuchar la lectura, de cómo Jesús se encontró

con alguien- que sentiría todo lo que hemos dicho que busca y ansia el ser humano- y cómo ese encuentro, le cambió, en positivo, la vida.

Mateo era alguien con un trabajo detestable para los judíos, un recaudador de impuestos, un “publicano” –alguien considerado despreciable y corrupto-. Y Jesús, caminando por las calles de Cafarnaúm, lo ve y en lugar de pasar de largo, mirándolo con desprecio como hacían todos, se detiene, lo mira y lo llama: “¡Sígueme!”. Bastó aquella única palabra y Mateo “se levantó y lo siguió”.

Para Jesús ninguna persona, sea cual sea su situación, aunque goce mala fama, queda excluida de la llamada evangélica. Lo que importa para Jesús es acogerla en el corazón. Eso es lo que hizo precisamente el publicano Mateo. Y su vida cambió a partir de aquel momento.

Hasta entonces había pensado en ganar para él. Desde entonces no hizo más que seguir al Maestro. Y no fue ningún sacrificio para él; al contrario, fue una fiesta. Encontrar a Jesús, dejar la mesa –“el mostrador”- y seguir a Jesús: el hallazgo y el cambio, fue una fiesta.

Mateo estaba tan contento de seguir a aquel Maestro que organizó de inmediato una comida con Jesús y con sus amigos publicanos y pecadores. Un banquete que prefiguraba el del Reino de los Cielos. Al que no entienden los fariseos –el mundo de “lo correcto”-. El mundo no comprende lo que está sucediendo, y ahí está la novedad del Evangelio: Todos, sin excluir a nadie, pueden ser llamados y sentirse tocados en su corazón y cambiar de vida, empezando por los más excluidos –los pecadores-. Pues necesitan de médico, los enfermos –de compasión y rescate los más desamparados y desorientados. Dios habla de misericordia y de llamar a los más necesitados de luz, de verdad, de amor. Y lo practica en Jesús, llamando a Mateo. Vemos en este texto del Evangelio, como hasta una mirada de Jesús, una sola palabra suya, como la oración de antes de comulgar, -acogida en el corazón- para que cambie la vida.

Mis queridos amigos, todos venimos como peregrinos –buscando y necesitando su mirada de misericordia, su palabra que nos despierte y nos de vida y nos ponga en marcha. Le pido al Señor que estos días, vosotros, –entre servicios y oraciones- tengáis tiempo para tener ratos de paz delante del Señor, mirando a la Virgen y sintáis su mirada, con la mirada de María, mirada de madre, y escuchéis la llamada de Jesús a seguirle, a

ser aquel que Él está esperando que seamos. Que –por su misericordia– sean estos días en Lourdes, días de curación y renovación en la fe y en el seguimiento ilusionado de Jesús. Que sean días, por intercesión de María, de vida. Y si tenéis alguna pena, alguna laguna de desesperanza, algún problema en vuestro corazón, lo dejéis en Lourdes y os dejéis curar el corazón por el Señor y volváis a casa, gracias a la Virgen y gracias al Señor, renovados, con más esperanza, con más ilusión, con más luz para seguir a Jesús dejando tantas cosas, como hizo Mateo, como hemos escuchado en el Evangelio. Que sean días de servicio, de salud en esperanza para enfermos y sanos, y sobre todo de salud de fe y de corazón, que vuelve a latir con luz y con ganas gracias a la mirada, a la palabra y a la presencia de Jesús. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.